

Goethe, ilusionista de cielos

El gran clásico alemán estaba fascinado por la ciencia. *El juego de las nubes* —editado por primera vez en España— reúne sus estudios de campo y dibujos realizados entre 1820 y 1825. El libro, ilustrado por Fernando Vicente, se completa con el *Ensayo sobre Meteorología*

El juego de las nubes

J. W. Goethe
Ilustraciones de J. W. Goethe
y Fernando Vicente
Traducción de Isabel Hernández
Nordica. Madrid, 2011
124 páginas. 16,50 euros

Por **Luis Fernando Moreno Claros**

JOHANN WOLFGANG von Goethe (1749-1832), Goethe a secas, es sin duda el autor alemán por excelencia, al igual que Cervantes es el español. En castellano contamos con excelentes traducciones de sus obras más señeras: *Poesía y verdad*, *Las penas del joven Werther*, *Fausto* o *Las afinidades electivas*; también, con una magnífica traducción del inagotable volumen que reúne sus conversaciones con Eckermann, considerado por Nietzsche “el mejor libro alemán que existe”.

En el año 1945 el esforzado Rafael Cansinos Assens escribió una completa biografía de Goethe y tradujo unas supuestas *Obras completas* para la editorial Aguilar en un lenguaje todavía decimonónico; hoy se traduce a Goethe con cuentagotas, con temor a que otras obras suyas sólo interesen a los germanistas. Sería deseable, eso sí, una gran edición completa y rigurosa de su poesía.

De cuando en cuando aparecen rarezas goethianas como este breve tratado sobre nubes y meteorología que reseñamos. La madreilena editorial Nordicalibros lo publica con bellas ilustraciones luminosas y algunos dibujos del propio Goethe, quien asimismo cultivó el arte de la pintura; viajó a Italia para mejorar su destreza, mas luego de algunos intentos infructuosos decidió que carecía de talento; aunque dejó unas bellas acuarelas de trazos delicados y románticos que lo cuestionan. Lo que Goethe no conseguía plasmar con

los pinceles lo expresaba con la palabra como poeta, pero también trataba de comprenderlo como científico al observar la “grandiosa Naturaleza” en todas sus formas y facetas. La mirada del poeta hallaba un complemento idóneo en la del científico. A Goethe, ejemplo de hombre curioso, vital y optimista, le atraía la ciencia, otra de sus grandes pasiones junto al amor y la literatura: nada hubiera deseado más que pasar a la posteridad como un gran científico. Pero su idea de ciencia fue muy particular: consideraba la Naturaleza como un todo animado y el mundo como un organismo vivo que

so. En mayor o menor escala, lo mismo en los astros que en las plantas y los seres humanos, rigen principios comunes, formas y símbolos que delatan la verdad más evidente de todas: la vida es perpetuo cambio y transformación, lo igual se atrae y los opuestos se separan y el todo busca su acomodo en el equilibrio de los contrarios. Ideas e ilusiones semejantes constituyeron la base de los diversos trabajos científicos de Goethe, de su *Teoría de los colores* o de sus intentos de establecer una metamorfosis de las plantas a partir de una “protoplanta” ideal. El gran hombre dedicó media vida



armonías y discordias universales? Su portentosa imaginación se encargaba de que así fuera.

El juego de las nubes —en excelente traducción— reúne estudios de campo de Goethe sobre las nubes y el estado de los cielos. El poeta los tomó entre los años 1820 y 1825, durante algunos de sus viajes a los balnearios de moda. Son plásticas descripciones del incesante juego cambiante de los cielos y que ilustran bien el método científico de Goethe: “Atenerse a lo más cierto para llegar cuanto antes, poco a poco, a lo incierto”. Y lo incierto era lo que él imaginaba: un duelo de titanes cósmico; la lucha entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad. Y la electricidad, como “alma del mundo”, gobernándolo todo, el latigazo que desde el trueno de Júpiter antes de lanzar el agua de Neptuno sobre Gea adormecida, que respira y transpira como una mortal.

En su estudio meteorológico Goethe recogía cuanto en la época se sabía de esta ciencia en ciernes; y mientras discurre sobre la eficacia de los barómetros, termómetros y manómetros, sostiene también que las nubes se asemejan a organismos vivos cuyos movimientos y formaciones responden a la atracción de la tierra, que podrían corresponderse con súbitos cambios de humor telúrico. Un bello y curioso tratado, que hoy parece más cercano a la imaginación que a la ciencia, testimonio del esforzado mago de la naturaleza que fue Goethe, en este caso, un ilusionista de cielos. ●



Dibujo de Johann Wolfgang Goethe incluido en el libro *El juego de las nubes*.

respira y se transforma sin cesar (algo así como la *voluntad* de Schopenhauer, su admirador, o el célebre planeta *Solaris* de Stanislaw Lem). A Goethe lo fascinaba Spinoza, quien proclamó que Dios y la Naturaleza son lo mismo; esgrimiendo el nombre del judío anatemizado, se declaraba panteísta y reiteraba que “Todo es Uno”: el corazón humano late al unísono con el núcleo íntimo del univer-

a estudiar la naturaleza y a meditar sobre sus observaciones: recolectaba plantas, minerales y piedras, le interesaba la anatomía (descubrió el hueso intermaxilar en los seres humanos), medía las temperaturas y observaba los cielos mientras pasaba los días entre experimentos cromáticos o de química y física. ¿Corroboraban los resultados mensurables sus bellos pensamientos sobre afinidades,

La última pasión

Un hombre enamorado

Martin Walser
Traducción de Carles Andreu
Destino. Barcelona, 2011
300 páginas. 18,50 euros

STEFAN ZWEIG consideró “un momento estelar de la humanidad” aquél en el que imaginó al septuagenario Goethe, derrumbado en el coche que lo trasladaba de Karlsbad a Weimar y con el

corazón traspasado de amor por la bella Ulrike von Levetzov, de diecinueve años, escribiendo los primeros versos de su célebre *Elegía de Marienbad*. Goethe había trabado amistad con la muchacha hacía dos años, durante una cura estival en el balneario de Marienbad; pero lo que entonces fue una vaga ilusión erótica veraniega terminó en una pasión tan honda que lo impulsó a pedir su mano. La madre de la joven desestimó el enlace, pero ello no desalentó al autor de *Werther*, que mantuvo sus esperanzas de ser correspondido por Ulrike, fresca, inocente y platónica.

El escritor alemán Martin Walser (1927) recrea aquel amor en esta entrañable y delicada novela plagada de mati-

ces, bien traducida al castellano. El relato está ambientado justo en la época en que Goethe se afanaba por contemplar nubes y pasaba por ser un experto meteorólogo. En poco tiempo, el añejo amante cambió el estudio de las variaciones climatológicas por la contemplación de los sutiles cambios anímicos de Ulrike, expresados mediante la leve variación del color de sus ojos verde-azules. Las juguetonas conversaciones con la amada, las situaciones y los personajes están bien logrados, si bien, más propias de Martin Walser que de Goethe resuenan las numerosas cartas que el poeta le dirige a Ulrike en la última parte de la obra. Entrevemos que en esto es el octogenario Walser quien suplanta a su principal personaje: altera e imagina a su conveniencia algunos hechos y propone pequeños golpes escénicos que aumentan el crédito literario de esta estupenda narración de final tan convincente como inesperado. **L. F. M. C. ●**

